

*-Supongo que ya no podré apartaros de mí por mucho tiempo –dijo el ermitaño intuyendo su presencia-. Sé que se acerca la hora de rendir cuentas al Creador y solo ruego a la Madre Celestial que me ayude en esta hora postrimera. Los largos ratos de oración me han preparado y mi seco cuerpo apenas es capaz de sostener las plegarias que brotan desde el fondo de mi corazón o los temblores de mis manos. Pero antes de que mi alma desampare el cuerpo, algo queda por hacer, algo que ya no depende únicamente de mí, así que aléjate vieja enemiga. Aún no puede haber llegado mi momento.*

*Pedro, que no se atrevía a mover un músculo, lo siguió con la mirada; lo vio girar cansadamente, respirando con una fatiga que no preludiaba nada bueno, y tomar con dificultad una pequeña talla que permanecía a su lado. La luz que penetraba por la entrada de la cueva pareció detenerse con vida propia en la bella imagen de madera. Era la representación de la Virgen sentada en su trono, con una rama en una mano y con el Niño sentado sobre una de sus rodillas, aunque la cabeza de la Madre estaba ligeramente inclinada para contemplar al Niño, y eso le llamó la atención.*

*-La he tallado tal y como la he visto en muchas de las iglesias que conocí durante mi peregrinar en busca de perdón y paz –añadió como si hablara con el propio Pedro. Casi con exagerado respeto, el ermitaño acarició la cara de la Virgen-. Me siento dichoso por haber conseguido plasmar la belleza y serenidad que aún veo con claridad en mis noches de vigilia y en mis sueños.*

*Quedó sumergido en profundos pensamientos. Pedro era incapaz de mover un dedo y su garganta se negaba a emitir el más mínimo sonido. El ermitaño, entonces, siguió hablando:*

*-Perdonad, Santa Señora –rogó, mientras protegía con cariño la talla-. Sabéis que os amo, que ella fue lo más importante de mi vida y lo que abrió mi alma hacia Vos en otros tiempos. Ignoraba cómo era vuestro rostro y me permití poner el suyo, pues su belleza y la bondad de su corazón debieron ser obra vuestra, no puedo creerlo de otra manera.*

*De pronto se oyó un ruido fuera de la cueva. Pedro supo que el ermitaño esperaba a alguien, ya que lo vio sonreír.*

*-Mis ojos ya no son como antes, pero mis oídos reconocen vuestros pasos –dijo al chiquillo que se acercó a la entrada de la cueva- Sentaos junto a mí, Sancho, pues ha llegado la hora de que os cuente mis cuitas y deposite en vos mis esperanzas.*

*-¿No empezaréis otra vez con lo de la muerte, verdad? -repuso el supuesto Sancho mientras estiraba su larguirucho cuerpo sobre una roca alargada, junto al anciano-. Sois mi maestro y no podéis dejarme así. Yo os cuidaré para que viváis muchos años -añadió con seguridad mientras inclinaba la cabeza.*

*-Escuchad, Sancho, porque vuestros buenos deseos no me ayudan ahora -respondió el viejo-. Os he instruido con lo poco que sé, os he enseñado a juzgar por obras y no por apariencias, a no tomar resolución cuando estéis airado, a vivir con honor, a no admirar a los soberbios, ni a los necios. –Calló un momento para recuperar las fuerzas-. Vuestro cuerpo ha empezado a cambiar y debéis entender que muy pronto dejaréis de ser un niño. Puedo confiar en la bondad de vuestro corazón y en vuestra inteligencia, pero también he de ponerlos en guardia. Recordad, Sancho, que la ambición y la riqueza se apoderan del corazón de muchos hombres y el mal se extiende hasta nublar la mente del más bondadoso. Solo la oración es*